

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUE OTRA FORMULA?

LA ETICA POLITICA

LOS episodios han agitado últimamente el panorama interior de las democracias anglosajonas. En ambos el problema planteado ha sido de índole moral. Se trata de averiguar hasta qué punto la condición ética o la conducta privada, puede repercutir en la aceptación de una personalidad en la vida pública. Cuestión de gran hondura que afecta a la totalidad del negocio público. Si bien en el hermetismo de los sistemas no democráticos funcione, evidentemente, de otra manera.

Reginal Maudling ha sido la víctima ofrecida en Gran Bretaña en el altar del rigor moralista. Su enorme talento político hecho de pragmatismo, sabiduría y equilibrio; su extraordinaria competencia administrativa, probada en numerosos cargos; su impecable corrección dialéctica frente a los adversarios, no han impedido que sintiéndose compelido a ello por las normas del sistema, haya dimitido de su puesto ministerial con carácter irrevocable y que su renuncia haya sido aceptada por el primer ministro. Y sin embargo, ninguna conexión directa existía entre Maudling y el aventurero que había logrado determinados privilegios en la burocracia subalterna de su Departamento mediante prácticas corruptivas. Bastó el hecho de que en tiempos anteriores, en que el interesado no era ministro, hubiera participado en empresas del estafador para que espontáneamente se dispusiera a dimitir. El partido conservador pierde así un extraordinario elemento directivo, muy probable jefe de Gobierno en años próximos. Y la entera carrera de Maudling queda truncada por este lamentable contratiempo. Pero el principio queda a salvo. Nadie, ni en el campo laborista, ni en el conservador ha hecho el menor comentario crítico desfavorable al ministro dimisionario. Los diversos sectores y estamentos de la política británica han aceptado el planteamiento y la solución. La transparencia en la actitud de los hombres públicos es axioma indiscutido en la política inglesa.

En los Estados Unidos y con otros matices se ha producido un incidente semejante. El candidato vicepresidente demócrata ha sido acusado por el columnista Anderson de tener un pasado neurótico con internamientos terapéuticos y de haber sido arrestado por conducir en estado de embriaguez. En pleno período electoral una afirmación de esa índole no podía menos de saltar al primer plano de la actualidad polémica. Eagleton se ha defendido con la verdad, única arma eficaz en la tremenda lucha

que se avecina. Ha admitido haberse internado voluntariamente en clínicas de reposo en diversas ocasiones con motivo de cansancios o depresiones. También ha reconocido haber sido multado por exceso de velocidad como conductor hace años, pero nunca por intoxicación. Su sinceridad ha desarmado a los adversarios y quizá también la propuesta hecha por el Comité de Propaganda del partido demócrata de que se investigue también la ficha médica del presidente Nixon en la que algunas crisis neuróticas también tuvieron lugar hace años con la correspondiente terapéutica tranquilizante. Pero a la postre, Eagleton, optó por renunciar para no añadir costoso lastre a su compañero McGovern.

¿Qué cabe deducir de estos episodios diversos en su forma pero idénticos en su motivación originaria? Que la democracia o es aire libre y publicidad o no es nada. Que el sistema democrático es abierta discusión y transparente noticia de cada uno o no sirve. Que los hombres rectores tienen que vivir, cada día más, en una casa de cristal o la opinión — de derechas o de izquierdas — los ha de recusar.

En otro orden de cosas, el caso de Francia es bien patente. De todos los motivos que han coincidido en alejar a Chaban Delmas del mando ejecutivo en su país, no ha sido el menor su escasa o nula tributación de impuestos revelada por un semanario satírico de gran tirada. Señalemos que no había nada de incorrecto, ni de ilegal en la declaración fiscal del primer ministro de la V República. Y si únicamente una excesiva habilidad para aprovechar resquicios administrativos que permitieran la inexistencia tributaria. Pero este solo hecho bastó para crear en torno a su popular figura una sombra de recelos. Y entre las diversas razones que aconsejaron al astuto presidente Pompidou a provocar la reciente crisis, es más que probable que esta ingeniosa exención impositiva lograda por su jefe de Gobierno, fuera la más importante. Aquí también, bajo la V República, la limpieza moral de los gobernantes es sustancia común. Y aún más, la necesidad de explicar esa clase de roces o envolvimientos con explícita claridad.

¿Será válida la vieja sentencia de que las monarquías se asientan en la justicia mientras las repúblicas se apoyan en la virtud? Lo que ocurre es más bien que los medios de comunicación social al divulgar en la libertad el contexto del negocio pú-

blico, despiertan y alertan la conciencia de la ciudadanía. Y la desmitificación de los gobernantes que se hallan en la raíz del sistema democrático como consecuencia de la relatividad y temporalidad de su poder, los hace vulnerables a la crítica, al examen y a la discusión, como seres humanos ordinarios, proclives a la flaqueza y al error.

No hay mayor número de aventureros o de estafadores en esta o aquella nación, ni el clima de corrupción administrativa es inherente a determinado sistema político. La condición humana es análoga en los diversos meridianos. De ahí la universal vigencia del decálogo cristiano. Pero junto a los preceptos penales que castigan y ejemplarmente tratan de corregir, hay una coacción preventiva que es infinitamente más eficaz y que es la de una sociedad democrática en libertad, capaz de opinar y denunciar las fallas, los errores, las faltas o los delitos en curso de comisión, en la prensa, en la radio, en la televisión, en la tribuna y en el parlamento. Son otras tantas señales de alarma que ponen en acecho a la opinión. No evitan por lo común, ni el delito, ni el error, pero se convierten en saludable cordón sanitario para detener el proceso y en antídoto latente para sujetar el desenfreno de los desaprensivos. La hiriente luz de la publicidad es un desinfectante recomendado para esterilizar los focos de cohecho, inmoralidad, soborno, abuso, impropiedad, y arbitrariedad que rondan inevitablemente como colonias de bacterias, las áreas del poder decisorio.

La ética política está cada día más presente en el funcionamiento interior de los sistemas democráticos, con el estilete de la fiscalización pública. Yo comprendo y respeto a quienes tengan reservas críticas que formular a la filosofía que inspira esas formas de gobierno, incompletas y discutibles, como toda construcción humana. Pero si quisiera conocer con qué otra fórmula pueden los sistemas cerrados, autoritarios, en los que la crítica se halla, como la libertad, restringida, sustituir con ventaja la coacción que se ejerce sobre la punible tendencia a malversar o a abusar del poder con esa poderosa arma que se llama la información de la opinión pública.

José María de AREILZA

LA HABILIDAD Y SUS FUEROS

CAMINOS DE PERFECCION

NO ha perdido terreno, precisamente, la «perfección». Hoy más que nunca, quizá, constituye un postulado básico de la sociedad, aunque no siempre se la mencione de manera explícita. Pero sí ha sufrido, en cambio, un curioso desplazamiento en sus proyecciones prácticas. Durante siglos, milenios, la «perfección» fue, ante todo, un principio moral. «Sed perfectos...» El consejo del Cristo y de su tradición tiene equivalentes en cualquier otro credo, en cualquier otra filosofía. Variaba, y no mucho, el criterio que la definía: el enfoque era similar. El propósito iba dirigido a obtener del hombre —de cada cual— una conducta excepcional: hacerle «santo» o hacerle «sabio», que venía a ser lo mismo.

Los resultados raramente estaban a la altura de la ambición, desde luego, y eso se daba por descontado. No sólo porque «ser perfecto» debe de haber sido siempre algo muy difícil, sino porque la gente normal tampoco puso mucho interés en conseguirlo. Sin embargo, la idea de «perfección» constituía el eje central de las nociones colectivas ligadas al comportamiento de la persona. De hecho, era la única «perfección» concebible. Aún hay quien se aferra a su fantasma. Pero ya es sólo un fantasma.

Cierto que la palabra «perfección» tuvo otro alcance. Al fin y al cabo, su etimología remite a un tipo genérico de actividad: «hacer bien algo». Una «cosa», por ejemplo, y ahora digo «cosa» en el sentido más elemental y directo. A eso se le podría llamar también «habilidad». Al pintar un cuadro, construir una silla o un reloj, edificar un templo o una casa, esculpir un capitel, la «habilidad» tenía esa meta: la «perfección». Tal vez no se empleaba con frecuencia el término. No importa. De todos modos, para nuestros antepasados, la «perfección» técnica casi nunca fue asumida como una voluntad rigurosa, enérgicamen-

te generalizada. No faltaron las «cosas perfectas», huelga recordarlo. Algunas de ellas —una catedral gótica, la miniatura o la caligrafía de un pergamino, tal o cual acueducto, una joya, una estrofa— aún nos llenan de asombro, hoy día. Pero abundaba lo «mal hecho». Entiéndase: lo confeccionado con medios rudimentarios, con materiales tristes, con nociones insuficientes. Nadie esperaba la «perfección», en los chismes y en los locales de uso cotidiano. Ni era imaginable. La ciudadanía se resignaba a las modestas ventajas de la rutina, y no creo que se lamentase mucho.

Y aquí es donde se ha producido una verdadera revolución. El desarrollo de las ciencias, y su consecuencia eficaz, el maquinismo, ha dado un nuevo valor a la «perfección». Que ha dejado de ser una mera «habilidad» para convertirse en un complejo tinglado de investigación, trabajo y negocio, del cual dependen las expectativas enteras de la multitud. La sátira de Chaplin, «Tiempos modernos», data del 1935, y por aquella época sólo se estaba en los comienzos. Se han repetido los sarcasmos y las declamaciones catonianas. Pero el caso es que el asunto ha seguido su curso, y el engranaje crece en precisión y en influencia. Apenas hay parcela de nuestra comodidad o de nuestra salud —sin contar el mismísimo salario que ganamos— marginada de aquel aparato. Vestidos, comidas, vehículos, medicamentos, lecturas, trastos que alivian la labor o el tedio, proceden de esa articulación de «perfecciones». Se trata de «perfecciones» provisionales, claro está: vendrán otras que las superen y las desplacen, en un relieve que se supone permanente y yendo siempre a mejor. Tal es, al menos, la mitología del sistema, y, de momento, aparece certificada por las circunstancias.

La «perfección» del mecanismo y de lo que el mecanismo fabrica es la única válida, en estos tiempos. El vocablo, escapado del área de

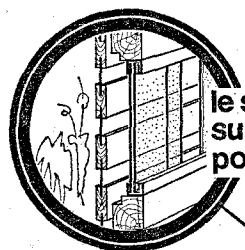
la ética, ha pasado a formar parte del léxico de la ingeniería y de la publicidad. Para que todo funcione, todo ha de ser «perfecto»: relativamente, si no más. Y, mientras tanto, la «perfección» de verdad, la del hombre como hombre, se ha evaporado. Los antiguos «modelos» parecen haber caducado. El gran trauma de nuestra época lo explicaría. A raíz de las modas del existencialismo, se habló mucho de las repercusiones de las dos guerras mundiales con todo lo que a ellas iba enarrazado. Esto fue importante, sin duda. Pero quizá resultaba más constante y más honda la penetración de los cambios económicos, concretamente de los modos de producción, que minaban el arraigo de las viejas ideologías. La erosión venía de lejos y progresaba con suavidad sin dramas espectaculares. Las «angustias» lo del «ser-para-la muerte» la «pasión inútil» y todo lo demás fue como una erisipela accidental. El resquebrajamiento tenía manifestaciones de muy diversa índole que ni siquiera llegaban a las páginas de los filósofos ni a las de sus secuaces literarios.

Sea como fuere la Moral con mayúscula flaqueaba. El vecindario se desentendió de los «modelos» egregios. Cada hombre se inventaba su modelo y sin énfasis sólo para ir tirando de acuerdo consigo mismo. Los «moralistas» supervivientes pusieron el grito en el cielo. Según ellos se estaba desencadenando una marea avasalladora de egoísmo de indiferencia cínica de furia materialista. Más o menos así es y ruego al lector que no tome esta apresurada descripción como una censura. La humanidad occidental —a ella me refiero— ha ido abandonando los esquemas sagrados a que ajustaba su vida. Los únicos «códigos» que conservan vigencia y que todo quisque acepta de grado siquiera sea para evitar sanciones objetivas, son los «códigos» impuestos por la Administración. Los cuales, dicho sea de paso, no

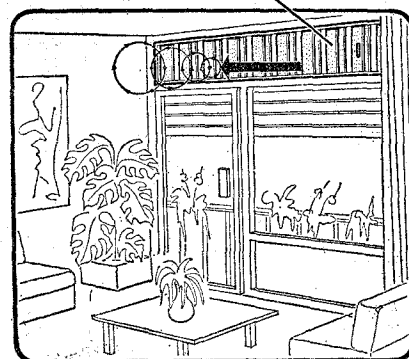
tocan sino a aspectos exteriores de la «conducta». Se podría discutir si la compraventa o la hipoteca, la circulación por la carretera, el asesinato o el robo, tienen o no unas mayores o menores connotaciones éticas. Pero en el ir y venir de nuestras muchedumbres, predomina su vertiente «jurídica». Los periódicos nos cuentan a diario «sucesos» de toda laya, en los cuales se suele advertir, de entrada, la «amoralidad» del planteamiento. Eso no era lo habitual, antes.

Y la decadencia de la «perfección» también podría ser contemplada desde otro ángulo: el de las artes. Las artes —incluyendo la literatura, pero también el atletismo, el ajedrez, la prestidigitación, el canto, y todo lo que se quiera— pertenecen, y pertenecen, al ramo de la «habilidad». Son la sola «habilidad» que mantiene sus fueros y su prestigio. A primera vista, se diría que tampoco han permanecido fuera de la convulsión. En la plástica, en los papeles de poetas y novelistas, en los escenarios, concretamente, ha habido una ruptura con los «modelos», y la «perfección» caía en el olvido. Quizá no es tan fiero el león como lo pintan. Me temo que, en el fondo, todavía hay mucha «perfección» difusa en la obra de la mayoría de los «revolucionarios» estéticos actuales. La «habilidad» continúa siendo decisiva. Y la «habilidad» lo es todo en el «arte» de darle a la pelota, de dar un salto mortal, de obtener un jaque mate limpio, de emitir unos gorgoritos como Dios manda... Cuando la «perfección» corriente va a cargo de las máquinas, estos residuos de «habilidad» adquieren un relieve emocionante. Se nos hace imperioso crearlo así...

Joan FUSTER



le sustituimos su vidrio por una **vvlsa**



vvlsa

...es la única forma posible que le resuelve el problema de ventilar su comedor living

sin necesidad de abrir puertas, ventanas ni descorder cortinas o persianas

con un simple movimiento de los Cristales deslizantes **vvlsa** Ud. graduará a voluntad la entrada y orientación del aire

Telefonos al **223 12 81** y sin compromiso alguno le informaremos de las ventajas, instalación y precio de **VVLSA**

VENTILACION Y LUZ, S. A. Avda. José Antonio, 292 - BARCELONA-4



¡BAIXA!
ANIREM A COMPRAR UNA LAMPARA A BERTRAN

BERTRAN

Plaça del Pi, 2 (Petritxo)
Carrer del Pi, 16 (Portaferrisa)

GRAN PARADA DE LAVAVAJILLAS

BAZAR PERPIÑÀ

Rda. Universidad, 21 Rda. San Pablo, 4-6 y 8
Tel. 2313920

Miele, Grolls, Indesit, Bru, etc.

OFERTA CAPICUA 9779 Pts.

FACILIDADES DE PAGO